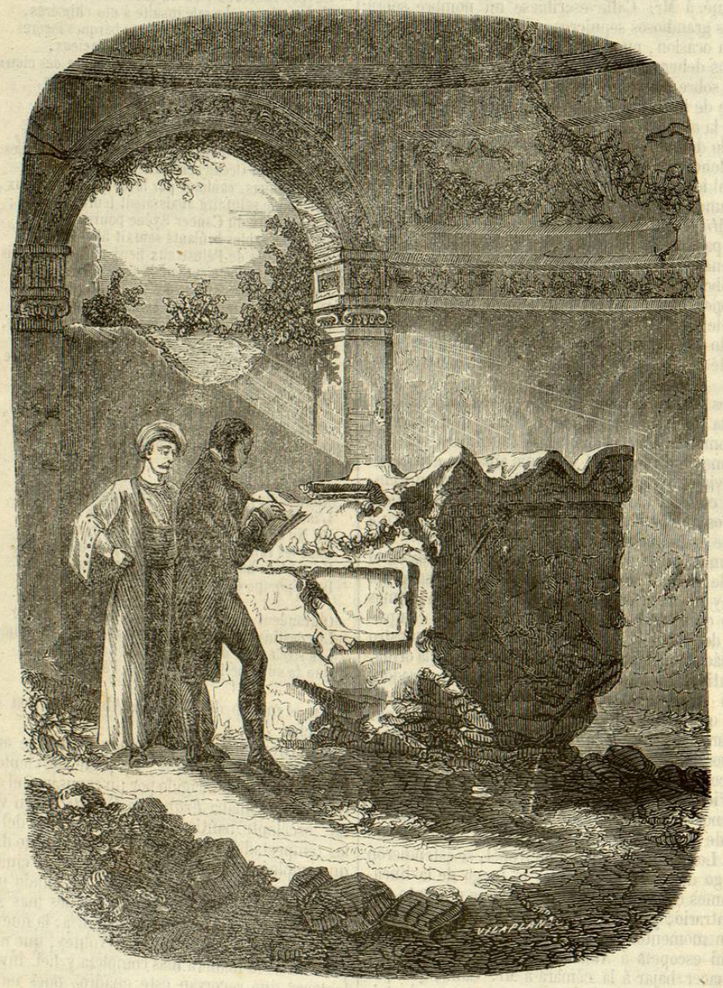
Pocoke habia copiado algunas letras; muchos viajeros la habian visto, y yo mismo he descifrado á la simple vista muchos rasgos, entre otros el principio de esta palabra Διοκ..., que es decisiva. El vaciado del yeso presenta estas cuatro líneas:

ΤΟ... ΩΤΑΤΟΝ, ΑΥΤΟΚΡΑΤΟΡΑ
ΤΟΝ ΠΟΛΙΟΥΧΟΝ, ΑΛΕΞΑΝΔΡΕΙΑΣ
ΔΙΟΚ. Η. ΙΑΝΟΝ ΤΟΝ... ΤΟΝ
ΠΟ... ΕΠΑΡΧΟΣ ΑΙΓΥΠΤΟΥ.

Introduciendo en esta inscripciones algunas ligeras variantes, su traduccion es la siguiente:

«Al muy sabio emperador protector de Alejandría, »Diocleciano Augusto; Polion, prefecto de Egipto.»

Así, pues, todas las dudas relativas á la columna de Pompeyo están aclaradas, por lo que atañe á la inscripcion, pues la columna es mucho mas antigua que su dedicatoria. ¿Pero la historia enmudece sobre el particular? Me parece que en la Vida de uno de los



INTERIOR DEL SEPULCRO DE LOS REYES.

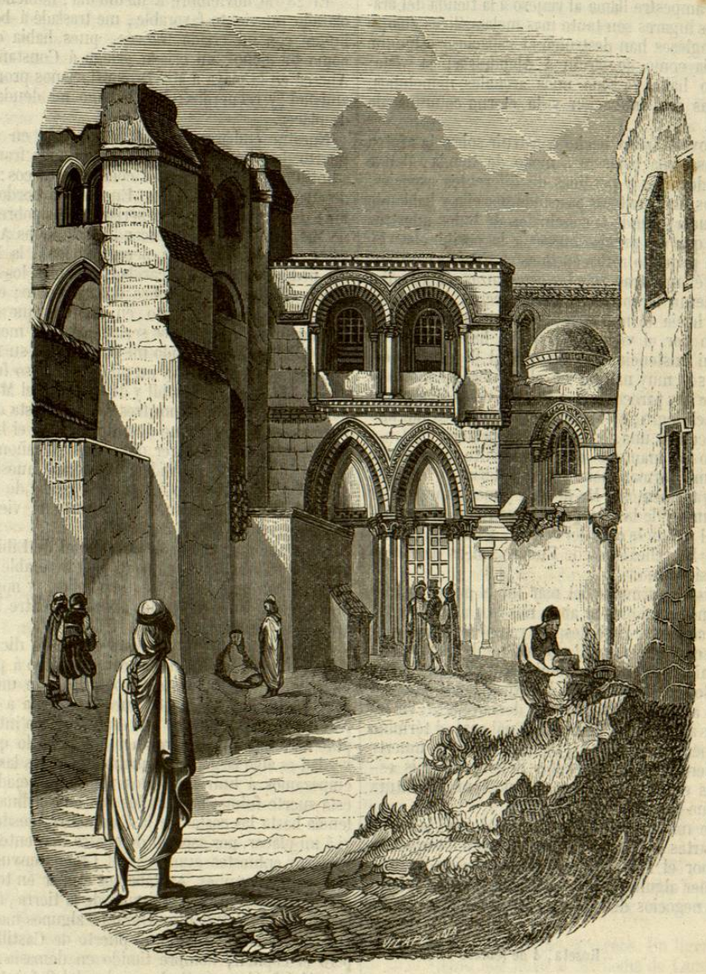
Padres del desierto, escrita en griego por un contemporáneo, se lee que en un terremoto de Alejandría cayeron todas las columnas, esceptuando la de Diocleciano.

son la descifró en un artículo del *Almacen Enciclopédico*, año VIII, tom. V, pág. 55. Este artículo merece ser citado. El docto helenista propone una lectura un poco diferente de la mia.

Mr. Boissonade, á quien tantos favores debo, y cuyo complaciente carácter he sometido á tan grandes y largas pruebas, propone suprimir una palabra de mi interpretacion, que solo sirve para regir unos acusativos, y cuyo lugar no está señalado en la base de la columna. Mr. Boissonade, destinado á consolarnos de la pérdida ó la vejez de tantos ilustres sabios, tiene indudablemente razon.

En Alejandría tuve una de esas pequeñas satisfacciones de amor propio de que tanto se ufanan los autores, y que ya me habian halagado tanto en Esparta. Un turco rico, viajero y astrónomo, llamado *Aly-Beyel Abassi*, que habia oido pronunciar mi nombre, dijo que conocia mis obras. Habiendo ido á visitarle, acompañado del cónsul, no bien me vió esclamó abrazándome: *¡Ah! mi querido Atala, mi querido René!* Inútil es decir que *Ali-Bey* me pareció en aquel momento digno de descender del gran Saladino. Y aun estoy algo persuadido que es el turco mas sabio y cortés del mundo, aunque no conozca mucho los nombres franceses; pero *non ego paucis offendar maculis* (1).

Si el Egipto me habia encantado, Alejandría me pareció el lugar mas triste y desolado de la tierra.



VISTA ESTERIOR DE LA IGLESIA DEL SANTO SEPULCRO.

Desde la azotea de la casa del cónsul descubria un mar desnudo que se estrellaba sobre unas rocas bajas, aun mas desnudas; unos puertos igualmente vacíos, y el desierto líbico perdiéndose en el horizonte de Mediodia; este desierto parecia acrecentar y prolongar, por decirlo así, la superficie amarilla y plana de las olas; hubiérase creido ver un solo mar dividido en dos mitades, la una agitada y estrepitosa, inmóvil y muda la otra. Veíase por donde quiera á la nueva Alejandría mezclar sus ruinas con las de la antigua ciudad; un árabe, caballero en un jumento en medio de los escombros; algunos perros exánimes devorando en la playa los esqueletos de los camellos: los pabe-

(1) ¡Hé aquí lo que es la gloria! Hánme dicho que este pretendido Ali-Bey es español, y que desempeña actualmente un empleo en su patria: ¡Escelente leccion para mi vanidad! *Nota de la tercera edicion.*

llones de los cónsules europeos flotando sobre sus respectivos domicilios, y desplegando entre los sepulcros sus enemigos colores; ¡hé aquí el panorama de Alejandría!

Algunas veces montaba á caballo en compañía de Mr. Drovetti, é íbamos á pasear por la ciudad antigua, por Necrópolis, ó por el desierto. La barrilla cubria escasamente un árido arenal; los chacales huian al vernos; una especie de grillo hacia oir su voz aguda y enojosa y recordaba, nuncio de tristeza, el hogar del labrador en aquella ingrata soledad donde nunca el humo campestre llama al viajero á la tienda del árabe. Y esos lugares son tanto mas melancólicos cuanto que los ingleses han destruido el espacioso estanque que servia como de jardin á Alejandría; la vista, pues, no halla ya sino unos arenales monotonos, unas aguas sin animacion y la eterna columna de Pompeyo.

Mr. Drovetti habia hecho construir sobre la azotea de su casa una pajarera á modo de tienda, donde criaba codornices y perdices de diferentes especies. Pasábamos horas enteras paseando por ella y hablando de la Francia, siendo la conclusion de todos nuestros discursos que era preciso buscar á la posible brevedad algun pequeño retiro en nuestra patria, para encerrar en él nuestras grandes esperanzas. Cierto dia, despues de un largo razonamiento acerca del reposo, me volví hácia el mar y mostré á mi amigo el bajel combatido por el viento, á que en breve habia de confiar mi existencia. No digo que el deseo del descanso no sea muy natural en el hombre; empero el objeto que nos parece menos elevado no es siempre el de mas fácil logro; ah! muchas veces nos es tan imposible alcanzar una choza como un palacio.

El cielo se mantuvo constantemente encapotado durante mi permanencia en Alejandría, y el mar, sombrío y tormentoso. Me dormia y me despertaba al eterno gemido de las olas, que se estrellaban iracundas casi al pié de la casa del cónsul, y hubiera podido aplicarme las reflexiones de Eudoro, si es permitido citarse á sí mismo.

«El triste murmullo del mar fue el primer rumor »que resonó en mi oido al abrir mis ojos á la luz. ¡En »cuántas costas he visto despues romperse las mismas »olas que contemplo aquí! ¡Quién me hubiera dicho »algunos años há que oiria gemir en las costas de Ita»lia, en los arenales de los bátavos, los bretones y »los galos aquellas olas que veia desarrollarse en las »hermosas arenas de la Mesenia! ¿Cuál será el término »de mis peregrinaciones? ¡Dichoso yo si la muerte »me hubiera sorprendido antes de empezar mis es»cursiones en la tierra, cuando no tenia aventura »alguna que contar!»

Durante mi forzosa residencia en Alejandría recibí muchas cartas de Mr. Caffe, mi animoso compañero de viaje por el Nilo. No haré mencion sino de una, por contener algunos interesantes pormenores relativos á los negocios del Egipto en aquella época:

Roseta, 4 de febrero de 1806.

SEÑOR:

«Aunque estamos en el 14 del corriente, tengo el »honor de volver á escribiros, persuadido de que al »recibo de esta os hallareis aun en Alejandría. Ha»biendo escrito cuatro cartas para París, me tomo la »libertad de recomendároslas para que tengais la bon»dad de hacerlas llegar á sus respectivos destinos á »vuestro feliz regreso á dicha capital.

»Mahamed-Agá, actual tesorero de Mahamed-Alí, »pachá del Cairo ha llegado hoy á medio dia, y cir»cula el rumor de que ha impuesto quinientas bolsas »de contribucion sobre el arroz de la nueva cosecha. »Ved aquí como los negocios van de mal en peor.

»La aldea donde los mamelucos han batido á los al»baneses, y que ha sido saqueada por unos y otros, »se llama *Neklé;* la en que hemos sido atacados por »los árabes tiene por nombre *Saffi*.

»No ceso de sentir no haber tenido la satisfac»cion de veros antes de vuestra partida; en esto me »habeis privado de un gran placer, etc.

»Vuestro humilde y afectuoso servidor, etc.

L. E. CAFFE.

El 28 de noviembre á medio dia, habiéndose declarado un viento favorable, me trasladé á bordo del buque con mi criado francés, pues habia enviado, como he dicho, mi criado griego á Constantinopla. Abracé en la playa á Mr. Drovetti, y nos prometimos amistad ¡y recuerdos: hoy le pago mi deuda, lleno de placer.

Nuestra embarcacion estaba anclada en el gran puerto de Alejandría, donde los buques francos son admitidos en la actualidad como los turcos: ventaja debida á nuestros ejércitos. Encontré á bordo un rabino de Jerusalém, un berberisco y dos pobres moros de Marruecos, tal vez descendientes de los Abencerrajes, que volvian de la peregrinacion á la Meca, y me pedian su paso por caridad. Recibí á los hijos de Jacob y Mahoma en nombre de Jesucristo; en realidad no tenia gran mérito en ello, porque imaginé que aquellos desgraciados serian para mí mensajeros de felicidad, encubriendo mi fortuna con su miseria.

Zarpamos á las dos, y un piloto nos puso fuera del puerto. El viento era débil y de la parte del Mediodia, por lo cual permanecimos tres dias á la vista de la columna de Pompeyo, que descubríamos en el horizonte. En la tarde del tercer dia oimos el cañonazo con que el puerto de Alejandría anunciaba nuestra desaparicion. Este disparo fue como la señal de nuestra partida definitiva, porque se levantó el viento del Norte é hicimos vela á Occidente.

Intentamos atravesar el gran canal de Libia; pero el citado viento, que ya no era muy favorable, se declaró al Noroeste el 29 de noviembre, y nos vimos precisados á hacer repetidas abordadas entre la Creta y la costa de África.

Fijándose el viento al Oeste el 1.° de diciembre, nos cerró completamente la travesía. Poco á poco fue inclinándose al Sudoeste, trocándose en una tempestad que no cesó hasta nuestra llegada á Túnez. Nuestra navegacion fue una especie de no interrumpido naufragio de cuarenta y dos dias; lo que á la verdad es algo largo. El 3 amainamos todas las velas y empezamos á huir impelidos por la marejada; y de esta suerte fuimos arrastrados con estraordinaria violencia hasta las costas de la Caramania, desde donde ví á mi placer, por espacio de cuatro dias enteros, las tristes y enhiestas cumbres del Crago, envueltas en tempestuosas nubes. Azotábamos el mar en todas direcciones, procurando alejarnos de la tierra, á la menor variacion del viento. Durante algunos momentos nos propusimos entrar en el puerto de Castillo-Rojo; pero el capitan, hombre tímido en demasía, no se atrevió á fondear en él. La noche del 8 fue terrible. Una ráfaga repentina del Mediodia nos impelió á la isla de Rodas, siendo las oleadas tan cortas y rudas que molestaban no poco la nave. Entonces descubrimos un falucho griego, medio anegado, teniendo el desconsuelo de no poder procurarle ningun socorro, á pesar de hallarse á la distancia de dos cables de nuestra popa. Los cuatro hombres que lo tripulaban estaban arrodillados en el puente; habian colgado un farol en su mástil, y exhalaban gritos que los enemigos vientos nos traian. ¡Al dia siguiente no vimos ya al desventurado falucho!

Habiendo pasado el viento al Norte cortamos el trinquete, procurando sostenernos en la costa me-

ridional de Rodas, y avanzamos hasta la isla de Escarpanto. El 10, el viento volvió á caer al Oeste, y perdimos toda esperanza de continuar nuestro derrotero. Yo deseaba que el capitan renunciase á la idea de pasar el canal de Libia, y que se encaminase al Archipiélago, donde nos prometiamos hallar otros vientos; pero temia aventurarse en medio de aquellas islas. Hacia ya diez y siete dias que estábamos en el mar, y para entretener mi tiempo copiaba y ordenaba las notas de este viaje y las descripciones de los *Mártires*. En la noche me paseaba por el puente con el segundo capitan Dinelli. Las noches trascurridas en medio de las olas en un bajel azotado por la tempestad, no son estériles para el alma, porque las sublimes concepciones brotan de estos espectáculos. Las estrellas que se muestran fugitivas entre las rotas nubes; las olas que en torno centellean; los golpes de mar que hacen salir un sordo rumor de los costados de la nave; el áspero gemir del viento en los inseguros mástiles: todo anuncia al marino que se halla fuera del poder del hombre, y que solo depende ya de la voluntad de Dios. La incertidumbre del porvenir presenta los objetos en su verdadero valor; que la tierra, contemplada desde un mar proceloso, se asemeja á la vida considerada por un hombre próximo á su fin.

Despues de haber medido veinte veces las mismas olas, volvimos á hallarnos el 12 delante de la isla de Escarpanto. Esta isla, llamada antiguamente *Carpathos* y *Crapathos* por Homero, dió su nombre al mar Carpacio. Algunos versos de Virgilio forman hoy toda su celebridad:

«Est in Carpathio Neptuni gurgite vates
Cæruleus Proteus, etc,»

«Protée, ó mon cher fils! peut seul finir tes maux;
C'est lui que nous voyons, sur les mers qu'il habite,
Atteler á son char les monstres d'Amphitrite;
Palléne est sa patrie, et dans ce meme jour
Vers ces bords fortunés il hate son retour.
Les Nymphes, les Tritons, tous, jusqu'au vieux Nérée,
Respectent de ce dieu la science sacrée;
Ses regards pénétrants, son vaste souvenir,
Embrassent le present, le passé, l'avenir:
Précieuse faveur du dieu puissant des ondes,
Dont il pait les troupeaux dans les plaines profondes.»

No iré, si puedo evitarlo, á habitar la isla de Proteo, no obstante los hermosos versos de las Geórgicas francesas y latinas. Aun me parece ver las tristes aldeas de Anquinates, de Oro y San Helias, que descubriamos á favor de los anteojos marinos en las montañas de la isla. No he perdido como Menelao y Aristeo, mi reino ó mis abejas; nada espero del porvenir, y abandono al hijo de Neptuno unos secretos que no pueden interesarme.

El 12 á las seis de la noche, el viento se dirigió al Mediodia, y persuadí al capitan á que pasara delante de la isla de Creta, á lo que accedió con trabajo. A las nueve gritó como de costumbre: *¡Ho paura!* y fue á acostarse. Mr. Dinelli tomó á su cuidado el salvar el canal formado por la isla de Escarpanto y la de Coxo, y entramos en él con un impetuoso viento del Sudeste. Al amanecer nos hallamos en medio de un archipiélago de islotes y de escollos que blanqueaban en todas direcciones. En vista de esto, tomamos el partido de fondear en el puerto de la isla de Estampalia, que teníamos á la vista.

Aquel triste puerto no tenia bajeles en sus aguas ni casas en sus orillas. Unicamente se descubria una miserable poblacion suspendida por decirlo así, como de costumbre, en la cima de un peñasco. Anclamos en la costa, y desembarqué con el capitan. Mientras este subia al pueblo, examiné el interior de la isla, donde solo ví espesos matorrales, aguas que vagaban y se perdian entre el musgo, y el mar que se estrellaba en una larga serie de escollos. No obstante, los antiguos denominaron esta isla la *Mesa de los Dioses*, á causa de las flores de que estaba sembrada. Es mas conocida con el nombre de *Astipalea*, y en ella habia un templo de Aquiles. Tal vez hay gentes muy felices en las míseras barracas de Estampalia; gentes que acaso nunca han salido de su isla, y que nunca han oido hablar de nuestras revoluciones. Preguntábame si hubiera deseado tal felicidad; pero yo era ya un viejo piloto, incapaz de responder afirmativamente á esta pregunta, pues sus ensueños son hijos de los vientos y las tempestades.

Nuestros marineros embarcaron agua, y el capitan volvió con unos pollos y un cerdo vivo. Un falucho candiota entró tambien en el puerto, y no bien echó el ancla á nuestro lado, la tripulacion se puso á bailar en derredor del timon: *¡O Græcia vana!*

El viento continuó soplando del lado del Mediodia; y aparejando el 16 á las nueve de la mañana, pasamos al Sur de la isla de Nanfia, y al ponerse el sol divisamos la Creta. Al siguiente dia (17), haciendo rumbo al Noroeste, descubrimos el monte Ida cuya cima cubierta de nieve parecia una inmensa cúpula. Nos encaminanos á la isla de Cérigo, y tuvimos la buena suerte de pasarla el 18. El 19 volví á ver las costas de la Grecia, y saludé el Tenaro; entonces se levantó, con gran júbilo nuestro, una tempestad del Sudeste, y en cinco dias llegamos á las aguas de la isla de Malta, que descubrimos la víspera de Navidad, en cuyo dia el viento se fijó al Oeste-Noroeste y nos llevó al Mediodia de Lampedusa, permaneciendo diez y ocho dias en la costa oriental del reino de Túnez, entre la vida y la muerte. Jamás olvidaré el dia 28. Nos hallábamos á la vista de Pantaleria, cuando de repente se declaró á medio dia una calma profunda; el cielo, alumbrado por una luz descolorida, se mostraba amenazador, y al ponerse el sol, se estendió por el cielo una noche tan profunda, que justificó á mis ojos la hermosa frase de Virgilio: *Ponto nox incubat atra.* Poco despues oimos un estruendo pavoroso: un huracan rompió sobre el bajel, y lo hizo girar cual una liviana pluma sobre un estanque. En un momento se alborotó de tal suerte, que su superficie presentó una inmensa llanura de espuma. La nave, rebelde ya al timon, parecia un punto negro en medio de aquella espantosa blancura; el torbellino nos arrebataba, arrancándonos al parecer á las olas; girábamos en todos sentidos, sumergiendo alternativamente la popa y la proa en los abismos de las tronadoras aguas. La nueva aurora vino á mostrarnos toda la gravedad del peligro, pues casi tocábamos la isla de Lampedusa. El mismo huracan estrelló contra las costas de Malta dos buques ingleses, desastre de que los periódicos de entonces dieron noticia. Considerando Mr. Dinelli inevitable el naufragio, escribí un billete concebido en estos términos: «F. A. de Chateaubriand naufragó en la isla »de Lampedusa el 28 de diciembre de 1806, al volver »de la Tierra-Santa,» y lo encerré en una botella vacía, con la mira de arrojarlo al mar en el momento supremo.

La Providencia se dignó salvarnos. Un ligero cambio en el viento nos llevó al Mediodia de Lampedusa, donde nos hallamos en un mar libre. El viento continuaba subiendo al Norte, por lo cual nos atrevimos á izar una vela, y corrimos hácia la pequeña sirte. El fondo de esta se eleva progresivamente hasta la costa, de manera que navegando con la sonda en la mano, se fondea al número de brazas que se quiere. La escasa profundidad del agua hace que la mar se muestre en calma en medio de los vientos mas recios; y esta playa, tan peligrosa para las embarcaciones de los antiguos, es una especie de puerto en plena mar para las naves modernas.

Fondeamos delante de las islas de Kerkeni, muy inmediatas á la línea de las pesquerias. Tan cansado me hallaba de aquella interminable y peligrosa trave-

sía, que hubiera querido desembarcar en Esfax, y desde allí dirigirme por tierra á Túnez; pero el capitan no se atrevió á buscar este puerto, cuya entrada es en efecto peligrosa. Ocho dias permanecimos al ancla en la pequeña sirte, donde ví empezar el año 1807. ¡Bajo cuántos astros, y en cuán diferentes fortunas habia visto ya renovarse para mí los años que se deslizan tan rápidos, ó que se arrastran tan lentos! ¡Cuán lejos de mí estaban los tiempos felices de mi niñez, en que recibia con un corazon que palpitaba de alegría la bendicion y los presentes paternales! ¡Con cuánta vehemencia esperaba el primer dia del año! ¡Y entonces, en extranjera nave, en medio del borrascoso mar, á la vista de una tierra bárbara, ese primer dia volaba para mí sin testigos, sin placeres, sin los abrazos de familia, sin esos tiernos deseos de felicidad que una madre forma con tanta sinceridad en bien de sus hijos. Aquel dia, que se levantaba del seno de las tormentas, solo derramaba sobre mi frente amarguras, tristes recuerdos y cabellos blancos.

No obstante, creimos que debíamos celebrar su festividad, no como la de un huésped agradable, sino como la de un antiguo conocido. Degollamos los pollos restantes, á escepcion de un animoso gallo, nuestro fiel reloj, qua no habia cesado de velar y cantar en medio de los mayores peligros. El rabino, el berberisco y los dos moros salieron de la cala del buque, y vinieron á recibir sus aguinaldos en nuestro festin; ¡tal era mi banquete de familia! Brindamos por la Francia, no lejos de la isla de los Lotófagos, donde los compañeros de Ulises olvidaron su patria, aunque no conozco frutos bastante dulces para hacerme olvidar la mia.

Tocábamos casi las islas de Kerkeni, las *Cercinæ* de los antiguos. En tiempo de Estrabon habia pesquerias en frente de estas islas, como en la actualidad. Las *Cercinæ* fueron testigos de dos grandes reveses de fortuna, porque vieron pasar alternativamente fugitivos á Aníbal y Mario. Estábamos cerca de Africa (*Turris Annibalis*), donde el primero de estos eminentes varones se vió precisado á embarcarse para sustraerse á la ingratitud de los cartagineses. Esfax es una ciudad moderna: segun el doctor Shaw, deriva su nombre de la palabra *Sfakousse*, en razon de la multitud de cohombros que crecen en su territorio.

El 6 de enero de 1807 se aplacó al fin la tempestad; y abandonando la pequeña sirte, subimos á lo largo de la costa de Túnez, y el 10 doblamos el cabo Bueno, objeto de todas nuestras esperanzas. El 11 fondeamos bajo el cabo de Cartago, y el 12 echamos anclas delante de la Goleta, escala ó puerto de Túnez. Enviamos á tierra el bote, y escribí á Mr. Devoise, cónsul francés cerca del bey, pues temia sufrir otra cuarentena, pero el cónsul me alcanzó el permiso de desembarcar el 18; no puedo espresar la alegría con que abandoné el buque. Alquilé caballos en la Goleta; y dando la vuelta al lago, llegué á las cinco de la noche á casa de mi nuevo huésped.

SEPTIMA Y ULTIMA PARTE.

VIAJE Á TÚNEZ Y REGRESO Á FRANCIA.

En casa de Mr. y madama Devoise hallé la hospitalidad mas generosa y la sociedad mas amable; tuvieron la bondad de retenerme seis semanas en el seno de su familia, y al fin disfruté un descanso de que me sentia harto menesteroso. Acercábase el Carnaval, y todos pensaban en divertirse y reir á despecho de los moros. Las cenizas de Dido y las ruinas de Cartago oian el sonido del violin francés. Nadie se cuidaba de Escipion ni de Aníbal, ni de Mario, ni de Caton de Útica, á quien se hubiera hecho beber (pues era aficionado al vino), si le hubiese pasado por las mientes la idea de ir á acechar la alegre concurrencia. Solo San Luis hubiese sido respetado en su calidad de francés; pero el buen y gran rey no hubiese visto con disgusto que sus súbditos se solazasen en el mismo lugar donde tanto habia sufrido.

El carácter nacional es indeleble. Nuestros marinos dicen que en las nuevas colonias los españoles empiezan por edificar una iglesia, los ingleses una taberna y los franceses un fuerte; yo añado una sala de baile. Hallándome en América, en la frontera de los paises salvajes, supe que á la primera jornada hallaria entre los indios á un compatriota mio. Al llegar á los Cayoungas, tribu que formaba parte de la nacion de los Iroqueses, mi guia me llevó á un bosque, en cuyo centro se veia una especie de granja donde hallé unos veinte salvajes entre hombres y mujeres, pintarrajeados á manera de hechiceros, medio desnudos, con las orejas recortadas, sendas plumas de cuervo en la cabeza, y gruesos anillos pasados para la extremidad de la nariz. Un francés empolvado y peinado como en otro tiempo, con casaca color verde-manzana, chupa de droguete (1), guirindola y vuelos de muselina, tocaba, mejor diria rascaba un violin de bolsillo, y hacia bailar el *Madelon Friquet* á aquellos iroqueses. Mr. Violet (que tal era su nombre), era profesor de baile entre los salvajes, que le pagaban gozosos sus lecciones en pieles de castor y perniles de oso; habia sido marmiton al servicio del general Rochambeau durante la guerra de América, y habiéndose quedado en Nueva-York despues de la retirada de nuestro ejército, concibió el alto propósito de enseñar las bellas artes á los americanos. Habiendo visto coronadas sus filantrópicas miras con un resultado feliz, el nuevo Orfeo llevó la civilizacion hasta las hordas errantes del Nuevo-Mundo. Al hablarme de los indios, me decia siempre: «Estos señores salvajes y estas señoras salvajesas;» felicitábase mucho de la agilidad de sus discípulos, y en verdad con razon, pues en toda mi vida he visto hacer tan descomunales piruetas. Mr. Violet, teniendo su violinejo entre su barba y pecho, templaba el fatal instrumento, y gritaba en iroqués:» *¡Cada cual á su puesto!*» Y la regocijada turba saltaba y brincaba como una bandada de demonios. ¡Ved aquí el genio de los pueblos!

Bailamos á nuestra vez sobre las ruinas de Cartago. Habiendo vivido en Túnez absolutamente como en Francia, dejaré ya de seguir las fechas de mi diario. Trataré, pues, los asuntos de una manera general, y segun el órden en que se presenten á mi memoria. Pero antes de hablar de Cartago y de sus ruinas, debo nombrar á las diferentes personas que conocí en Berbería. Además del cónsul de Francia, veia con frecuencia á Mr. Lessing, cónsul de Holanda, y á su cuñado Mr. Humberg, oficial de ingenieros holandés, gobernador de la Goleta, en cuya compañía visité las ruinas de Cartago, teniendo muchos motivos para elogiar su carácter complaciente y cortés. Encontré tambien á Mr. Lear, cónsul de los Estados-Unidos. Yo habia sido recomendado en otro tiempo en América al general Washington; y habiendo ocupado Mr. Lear un puesto cerca de este gran hombre, quiso hacerme dar paso, en memoria de mi ilustre patron, en un schooner de los Estados-Unidos. Este schooner me dejó en España, como diré al fin de este *Itinerario*. Por último, vi en Túnez, tanto en la legacion como en la ciudad, á muchos franceses jóvenes á quienes no era estraño mi apellido. Ni debo olvidar los restos de la apreciable familia de Mr. Andanson.

Si la multitud de relaciones fatiga al escritor que se propone hablar en la actualidad del Egipto y la Judea, esperimenta respecto de las antigüedades de Africa un inconveniente enteramente contrario por la

(1) Cierto género de tela.

escasez de documentos. No porque carezcamos de *Viajes* á Berbería, pues conozco hasta treinta *Relaciones* de los reinos de Marruecos, Argel y Túnez, sino porque estas relaciones son incompletas. Entre los antiguos *Viajes* debemos hacer mérito de la *Africa ilustrada* de Graminaye, y la erudita obra de Shaw. Las *Misiones* de los frailes trinitarios y mercenarios encierran milagros de caridad, pero no hablan, ni deben hablar, de los romanos y los cartagineses. Las *Memorias* impresas á continuacion de los *Viajes* de Pablo Lucas, solo contienen la relacion de una guerra civil en Túnez. Shaw hubiera podido suplirlo todo, si hubiese hecho estensivas sus investigaciones á la historia; pero por desgracia no la considera sino bajo el punto de vista geográfico, y toca de paso las antigüedades; Cartago, por ejemplo, no ocupa en sus observaciones mas lugar que Túnez. Entre los viajeros modernos, lady Montague, el abate Poiret y Mr. Desfontaines dicen algunas palabras acerca de Cartago, pero sin pintarla bajo ningun aspecto. En Milan vió la luz pública en 1806, año de mi viaje, una obra titulada: *Ragguaglio di alcuni Monumenti di Antichità ed Arti, raccolti negli ultimi Viaggi d' un dilettante.*

Creo que en este libro se habla de Cartago, pero leí el anuncio demasiado tarde para hacerlo venir de Italia. Puede decirse, por consiguiente, que el asunto que voy á tratar es nuevo; abriré el camino, y me seguirán los eruditos.

Antes de hablar de Cartago, único asunto interesante aquí, es preciso empezar por desembarazarnos de Túnez. Esta ciudad conserva casi su antigua denominacion. Los griegos y latinos le llamaban *Tunes*, y el mismo Diodoro le da el epiteto de *Blanca*, por hallarse construida sobre una colina gredosa, á doce millas de Cartago, y casi á la orilla de un lago cuya agua es salada. Este lago comunica con el mar, por medio del canal llamado la *Goleta*, que está defendido por un castillo. Los buques mercantes fondean delante de él, ó se ponen al abrigo detrás del muelle de la Goleta, pagando un considerable derecho de anclaje.

El lago de Túnez podia servir de puerto á las escuadras de los antiguos; pero actualmente una de nuestras barcas tiene mucho trabajo en atravesarlo sin encallar. Para evitarlo, es preciso seguir el canal principal, indicado por unas gruesas estacas clavadas en su fondo. Abulfeda señala en este lago una isla que sirve actualmente de lazareto. Algunos viajeros han hablado de los flamencos ó fenicópteros que animan aquel lagunazo, por otra parte bastante triste. Cuando estos hermosos pájaros vuelan en busca del sol, alargando su cuello, hácia delante y estirando hácia atrás sus patas, parecen flechas rodeadas de plumas de color de rosa.

Para llegar á Túnez desde las orillas del lago, es preciso atravesar un terreno que sirve de paseo á los francos. La ciudad está amurallada, y su circuito es de cerca de una legua, comprendiendo el arrabal esterior, llamado *Bled-el-Had-rah*. Las casas son bajas, las calles angostas, las tiendas pobres, y las mezquitas miserables. El pueblo, que se deja ver poco, tiene algo de feroz y salvaje. A las puertas de la ciudad se halla lo que se llama los *Siddi* ó los *Santos:* estos son unos negros y negras enteramente desnudos, devorados por ciertos parásitos, y revueltos entre inmundicia, que comen con insolencia el pan de la caridad. Aquellos nauseabundos seres están bajo la inmediata proteccion de Mahoma. El resto de la poblacion se compone de traficantes europeos, de turcos matriculados en Esmirna, de moros degenerados, de renegados y cautivos.

Los alrededores de Túnez son agradables, pues presentan vastas llanuras sembradas de trigo y rodeadas de colinas á que prestan sombra muchos olivos y algarrobos. Un acueducto moderno, de buen efecto, atraviesa un valle á espaldas de la ciudad; el bey tiene su casa de campo en el fondo de este valle. Desde Túnez se descubren al Mediodia las colinas de que he hablado. Al Oriente se ven las montañas de Mamelife, de caprichosos perfiles y estraña figura, á cuyo pié se encuentran las aguas calientes conocidas de los antiguos. Al Norte y Occidente la vista se espacia por el mar, el puerto de la Goleta y las ruinas de Cartago.

Los tunecinos son, sin embargo, menos crueles y mas civilizados que los pueblos de Argel, pues dieron asilo á los moros de Andalucía que habitan en Tub-Urbo, á seis leguas de Túnez, sobre el Me-Jerdah (1). El bey actual es un hombre discreto, que procura sustraerse á la dependencia de Argel, á que está sometida Túnez desde su conquista por los argelinos en 1757. Este príncipe habla el italiano, se produce con talento, y entiende mejor la política europea que la mayor parte de los orientales. Sabido es que Túnez fue embestida por San Luis en 1270, y tomada por Cárlos V en 1535. Como la muerte de San Luis se relaciona con la historia de Cartago, hablaré de ella en otra parte. Carlos V derrotó al famoso Barba-Roja, y restableció en su trono al rey de Túnez, obligándolo, no obstante, á pagar un tributo á España; puede consultarse acerca de esto la obra de Roberston (2). Carlos V retuvo en su poder la Goleta; pero los turcos volvieron á tomarla en 1574.

Nada digo de la Túnez de los antiguos, porque no tardaremos en verla figurar en las guerras de Roma y Cartago.

Por lo demás, en Túnez me regalaron un manuscrito que trata del estado actual de este reino, de su gobierno, su comercio, sus rentas, sus ejércitos y sus caravanas. No he querido aprovecharme de este manuscrito, cuyo autor no conozco; pero sea quien fuere, es justo que recoja el honor debido á su trabajo, por lo cual, publicaré esta escelente *Memoria* al final de este *Itinerario* (3). Paso ahora á ocuparme de la história y de las ruinas de Cartago.

El año 883 antes de nuestra era, precisada la reina Dido á abandonar su patria, fue á abordar al África. Cartago, fundada por la esposa de Siqueo, debió tambien su nacimiento á una de esas trágicas aventuras que señalan el orígen de los pueblos, y que son como el gérmen ó presagio de esos males, frutos mas ó menos tardios de toda humana sociedad. Nadie ignora el feliz anacronismo de la *Eneida*. Tal es el privilegio del genio, que los infortunios poéticos de Dido forman parte de la gloria de Cartago. A la vista de las ruinas de esta ciudad, se buscan ávidamente las llamas de la hoguera fúnebre; créese oir las imprecaciones de una mujer abandonada, y se admiran esas poderosas mentiras que pueden ocupar la imaginacion en los lugares llenos de los mas altos recuerdos históricos. En verdad, cuando una reina moribunda llama en los muros de Cartago á las divinidades enemigas de Roma, y á los dioses vengadores de la hospitalidad; cuando Venus, sorda á los ruegos del Amor, escucha los votos del aborrecimiento, y niega á Dido un descendiente de Eneas y le concede un Aníbal: tales portentos, espresados en un lenguaje maravilloso, no pueden pasar desapercibidos. La Historia ocupa entonces un puesto entre las Musas, y la ficcion se muestra tan grave como la verdad.

Despues de la muerte de Dido, la nueva colonia adoptó una forma de gobierno cuyas leyes ha encarecido Aristóteles. Unos poderes sabiamente equilibrados entre los dos primeros magistrados, los nobles y el pueblo, subsistieron sin destruírse por espacio de siete siglos; y apenas sufrieron alguna alteracion por las sediciones populares y algunas conspiraciones de

(1) El Bagrada de la antigüedad, á cuya márgen mató Régulo la famosa serpiente.

(2) *Historia de Carlos V*, lib. V,

(3) No insertamos esta *Memoria*, por parecernos sobrado larga y de escaso interés para nuestros lectores. (N. del T.)